



**EL PODER DE LO REAL:  
EL INTELLECTUAL ENTRE LA FICCIÓN Y LA NO FICCIÓN.  
ENTREVISTA CON FRANCESC BAYARRI**

JOSÉ MARTÍNEZ RUBIO  
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

*Francesc Bayarri (Almàssera, 1961) ha desarrollado toda su actividad profesional en el campo del periodismo; ha trabajado para el diario “Levante – EMV”, en la redacción valenciana de “El País” y ha sido el primer jefe de informativos de “Radio 9”. No obstante, ha realizado algunas incursiones en el mundo de la literatura con obras como L’avió del migdia (premio Literatura Valencia, en 2001), Febrer, Cita a Sarajevo (Premi dels Escriptors Valencians, en 2007 y traducida al castellano), «mezcla de periodismo, ensayo y ficción», o Nosaltres exvalencians, «una gamberrada», según él mismo, que quería poner en orden y saldar cuentas con los nacionalismos, regionalismos, blaverismos, españolismos y catalanismos del País Valencià, filias y fobias desarrolladas después de Nosaltres els valencians (1962), de Joan Fuster, el intelectual clave del valencianismo político y cultural del siglo XX. Pertenece a la “Unió de Periodistes Valencians” y a la plataforma cívica “Valencians pel canvi”. Actualmente, trabaja en el gabinete de prensa de la Universitat de València.*

\*\*\*

“Esta profesión no es una batalla de flores. Si te vas a plantear las repercusiones externas, no lo hagas, quédate en tu casa”

Febrero suele llenar las facultades de estudiantes. La vuelta a las clases espolea en ellos las buenas voluntades que marzo y abril se encargarán de barrer, y Francesc Bayarri y yo lo advertimos con fastidio al entrar en la cafetería. Hemos quedado en la Facultad de Filología, Traducción e Interpretación (nombre oficial) porque a ambos nos era cómodo: él trabaja justo al lado, en el gabinete de prensa de Rectorado, y yo deambulo a diario entre las plantas, las aulas y los despachos de Filología. Lo espero en las escaleras, lo veo llegar tranquilo, puntual, con la bolsa preparada para irse luego a clases de francés, nos saludamos y entramos.

Ambiente ensordecedor. A pesar del titubeo, decidimos quedarnos allí y escogemos un rincón del fondo, oscuro pero tranquilo, y tras un par de comentarios cordiales y de preguntas discretas de carácter más personal, nos lanzamos a la aventura. Su café solo y mi cortado nos durarán menos de diez minutos. El resto de las dos horas de conversación se nos pasarán, él entre llamada y llamada, y yo entre preguntas, comentarios y apuntes en una libreta pequeña que acabará con quince páginas de letra ilegible.

Una circunstancia azarosa nos hace entrar en faena: ese mismo día es 23 de febrero, día en que se cumplen treinta años del intento de golpe de Estado: aquí en Valencia «es algo que no se ha contado en novela», dice el escritor, «porque aquí sacaron los tanques a la calle, aquí estaba Milans del Bosch» e impusieron un estado militar transitorio... Y continúa: «falta novelar la Transición valenciana, por ejemplo, la Segunda República... Valencia tiene muchas historias», me dice. «Incluso vienen de fuera para escribir sobre nosotros, como *Enterrar a los muertos*, de Martínez de Pisón», extraordinaria, coincidimos.

Y por ese lamento de la ausencia de interés sobre lo valenciano por parte de escritores y lectores, que es de lo que entiende Bayarri, y a sabiendas de su implicación con la lengua o con la intelectualidad progresista del País Valenciano, le pregunto **qué quisieron hacer, él y los otros cinco escritores, con *Nosaltres exvalencians* (2005)**, un libro que revisa los más de cuarenta años de valencianismo político y cultural, extremadamente convulso, que siguió inevitablemente la estela de *Nosaltres els valencians* (1962), de Joan Fuster: «una gamberrada», contesta con media sonrisa, «nada, nos juntamos, nos repartimos los temas [política, lengua, relaciones con Cataluña, relaciones con el resto de España, identidad] con intención de provocar». **¿Y lo conseguisteis?** «El libro se ha leído, pero en realidad, ya no es como antes; el blaverismo<sup>1</sup> y el catalanismo ya se han tranquilizado», añade con despreocupación, y caigo en la cuenta de que precisamente estamos en un espacio, la Facultad de Filología, donde en los años 70 y 80 el valencianismo libraba sus batallas más allá de los argumentos filológicos.

Y quizás con la misma voluntad de definir una historia valenciana más completa, quiso rescatar en novela un episodio extraordinario y siniestro ocurrido en Carcaixent en los años 60. Pregunto. Lo niega: «No. Es una historia que había escuchado alguna vez, y yo le daba vueltas»... **¿nada de motivación ética?** «Yo soy periodista, yo busco historias... aunque evidentemente no escribiría nada que hiciera apología del Franquismo», se desmarca. Y yo que esperaba que me dijera que *Cita a Sarajevo* estaba sellada con la intención de denuncia y de reivindicación que sentí como lector, me veo ante su autor, mucho más pragmático que yo: «No niego que

---

<sup>1</sup> Se le llama *blaverismo* a la ideología regionalista valenciana en ocasiones asociada a la extrema derecha, que exalta el valencianismo como cultura perteneciente a lo español. Se opone visceralmente a la relación con Cataluña y pretende desvincular la lengua y la cultura entre ambas comunidades (lo que distingue a nivel de símbolos institucionales a catalanes y valencianos es la franja azul de la *senyera* valenciana, ausente en la catalana, de ahí el nombre de *blaveros*).

hay un trasfondo de crítica a la dictadura, obviamente, pero escribí la historia que yo quería, y simplemente era compatible con mi ideología».

*Cita a Sarajevo* (2006) cuenta la investigación de un periodista en la primera década de los 2000 sobre el paradero de Ilja Stanic, el asesino del general Vjekoslav Luburic, un croata pro-nazi, responsable máximo del campo de exterminio de Jasenovac, conocido por su extrema crueldad y muerto en Carcaixent en 1969, donde vivía amparado por el régimen franquista. La obra es el fruto de una investigación hecha por el propio Bayarri, una novela de no ficción, a pesar de que hay alguna recreación ficticia muy marcada: «es imposible que alguien piense que lo puedo engañar... cuando digo que el general está pensando cierta cosa, todo el mundo sabe que es imposible saber lo que pensaba; da la casualidad de que por los días en que lo mataron jugaba la selección española contra Yugoslavia, eso es cierto, se puede ver en los periódicos, pero es ficción cuando escribo que Luburic pensaba que si la historia hubiera sido diferente, él estaría en el palco viendo el partido». Obviamente.

Y *Cita a Sarajevo* me dará pie para preguntar sobre el oficio de escribir, sobre la responsabilidad de hacerlo, sobre el conflicto del intelectual al sacar a la luz una verdad dolorosa... «**¿Qué problemas encontraste a la hora de investigar?**», pregunto. Y me sale con la escasez de medios, con las interminables llamadas a embajadas, con la búsqueda en internet o en libros de datos con los que nunca das: «poco después salió Google Earth y encontré en un minuto lo que había tardado semanas». Pero añade, «encontrar a Stanic una vez allí lo hice en una mañana», y me lo explica sin alardes aludiendo a su pericia como periodista de sucesos durante muchísimos años: «Siempre íbamos lo primero a la guía telefónica o al censo, porque allí estamos todos; y una persona, cuando firma un contrato de teléfono nunca piensa si dentro de unos años va a ser un asesino o no; por eso a los de la profesión no nos parece tan raro; tuve suerte, también».

¿Y los testimonios? «Al principio nadie quería hablar, la gente tenía miedo, como si fueran a venir a buscarlos si decían algo». Pero es una investigación 30 años posterior al asesinato, constato. «Sí, sí, pero nadie quería hablar; luego de la publicación fue al revés: todos venían a contarte cosas, “yo conocí al general”, te entregaban documentos, pero ya estaba hecho»... y me cuenta cómo un vecino de Carcaixent, aquel que había descubierto el cadáver de Luburic, que describía «cómo caían las gotas de sangre desde el piso de arriba sobre los papeles de la imprenta», le había pedido por favor que nunca dijera su nombre, que le asegurara el anonimato, y que fue él mismo, en la presentación del libro, quien «levantó la mano para preguntar y dijo “yo fui el que encontró al muerto”». Después de *Cita a Sarajevo*, la gente perdió el miedo.

«Entonces, ¿podrías volver a escribir la historia con esos nuevos documentos?», «Siempre estaría reescribiéndola; podría hacer una enciclopedia», y de hecho la traducción española, llevada a cabo por el propio Bayarri, incorpora nuevos datos y documentos. «Yo no hice una historia cerrada, de ficción, donde todos los datos encajaran», me dice cuando le nombro *Lo que esconde tu nombre (2010)*, de Clara Sánchez, novela con la misma temática, que a pesar de estar escrita por completo en clave de ficción ha sido objeto de ataques filonazis<sup>2</sup>: «Uno puede escribir una novela, más comercial, o puede escribir un ensayo de denuncia como el de Irujo [*La lista negra. Los espías nazis protegidos por Franco y la Iglesia*, 2003]; yo buscaba contar una historia, diciendo lo que se sabe y lo que no, yo quería encontrar a un hombre que había sido perseguido por la Interpol durante 35 años, que no había podido hablar nunca... yo quería que hablara, que contara su versión, aunque fuera verdad o mentira».

---

<sup>2</sup> <http://www.lasprovincias.es/20100204/mas-actualidad/cultura/clara-sanchez-premio-nadal-201002041517.html>

Aunque fuera verdad o mentira... y la frase empieza a dar vueltas en mi cabeza. ¿No se trataba de descubrir y explicar una “verdad”? ¿El oficio del periodista o del escritor de no ficción no es ese? Y a vueltas con la “verdad”, insisto: **«Logras encontrar a Stanic, el asesino de Luburic, lo traes a España, lo metes en el cementerio de Carcaixent y un equipo de rodaje filma su reacción ante la tumba de su víctima, pero por un error técnico la escena debe repetirse; tal y como lo cuentas eso no suena a verdad»**. A lo que contesta: «Era un momento eléctrico, simbólico, este hombre después de treinta años delante de la tumba, y cuando lo repite, lo hace exactamente igual... para mí Stanic es un superviviente, él ha tenido que ir cambiando su versión según los acontecimientos, para salvarse, pero se contradice en muchas cosas; además entró un intermediario y creo que lo aconsejó mal, él tenía ganas de hablar, cobrando claro, y me hubiera contado más cosas de no ser por este hombre». **«Así que no es verdad...»**: «Si miras en Wikipedia, en cualquier idioma, te sale la misma historia oficial<sup>3</sup>, pero es una versión más; yo quería la de Stanic».

**«En esta novela te conviertes en escritor, periodista, investigador, policía... ¿y juez?»**. «Mi trabajo está dentro de lo que se llamó “nuevo periodismo”», mezcla de periodismo y literatura, «no por afán de protagonismo, sino porque ni yo ni el lector hemos vivido la Segunda Guerra Mundial, y de esta manera podemos identificarnos con una historia, el lector puede identificarse con las primeras reflexiones del narrador sobre el terreno, cuando baja del avión y no sabe dónde ir». Pero lo de juez... «No», rotundamente, y luego rectifica: «Es difícil no serlo, pero hay que intentar ser honesto; siempre tomas partido... yo acabo diciendo que Stanic es mi amigo» y es un asesino, y lo sabe. «Pero fui muy delicado, porque hay gente a la que le puede herir, los hijos de Luburic viven en Valencia, por ejemplo».

---

<sup>3</sup> [http://es.wikipedia.org/wiki/Maks\\_Luburic](http://es.wikipedia.org/wiki/Maks_Luburic)

Empiezo a pensar en términos más allá de la ficción y le comento que hay cierto peligro en rescatar verdades dolorosas. «**¿Qué pensó Stanic de tu libro?**», un libro que parte de una investigación que permite su voz pero que la desautoriza en momentos puntuales, un libro que prioriza su versión pero que la cuestiona con datos y escenas alternativos; ¿qué pensó Stanic?. Y me responde que mantuvieron contacto un tiempo, que le escribía para consultarle alguna cosa concreta, un detalle olvidado, pero que rompieron toda relación una vez salió la novela: «Me jode, pero si hubiera leído el libro en croata, no tendría nada contra mí». Y añade que le envió el libro en su versión castellana pero que no cree que lo haya podido leer.

En este momento, le planteo una pregunta que a mí me parece fundamental desde la aparición del escritor y del periodista modernos. Pensando en términos de intelectual comprometido, que desmonta mentiras, que desvela tramas abominables, que acusa y condena a criminales o cómplices, la literatura tiene una función social clara. Y el intelectual también. Esa pregunta fundamental entonces es para qué sirve la literatura... pero es un planteamiento demasiado simplista porque ya venían dadas, por pura doctrina literaria, las respuestas que acabo de enumerar. Así que, más allá del intelectual incorrupto y justiciero, apelo a su condición de investigador que llega a colarse emocionalmente en la historia del asesinato de Luburic, y le pregunto que, habiendo entablado cierta relación con Stanic, qué derecho tiene a contar sobre él algo tan problemático... aunque la pregunta exacta queda formulada así: «**¿Qué responsabilidad tienes?**», por ejemplo con lo que pueda sufrir Stanic a partir de la novela, o con lo que puedan pensar croatas, serbios y bosnios sobre su propia historia: «La novela es políticamente incorrecta. Critica tanto a unos como a otros, por eso puede ofender» y le recuerdo una frase de Churchill que recoge en *Cita a Sarajevo*: «Los países de los Balcanes producen más historia de la que pueden consumir». Y por ese motivo puede resultar más doloroso venir a

hablarles, desde fuera, de sus demonios interiores. Pero se planta: «Yo vengo de la prensa de sucesos, de tribunales, y si tienes que titular “Acusado de asesinato”, pues es lógico que a la familia del asesino no le guste, pero es así. Esta profesión no es una batalla de flores. Si te vas a plantear las repercusiones externas, no lo hagas, quédate en casa». Y me cuenta cómo fueron unos periodistas argentinos<sup>4</sup> los que llegaron en 1998 hasta Dinko Sakic, otro dirigente del campo de exterminio de Jasenovac, compañero de Luburic y retirado de forma anónima en la Argentina de Perón, y lo desenmascaron por sorpresa delante de las cámaras, gracias a lo cuál fue detenido, extraditado a Croacia, juzgado y condenado. Y me cuenta también cómo han venido hasta él unos investigadores americanos, «pronazis», que están recopilando información para escribir una biografía falseada sobre Luburic. Y continúa: «Yo no voy a escribir una vida de santos» donde todo sea limpio y el personaje quede inmaculado; y me pone como ejemplo de lo que quiere decir la nueva biografía de Kapuscinski, *Kapuscinski Non-Fiction* (2010), de Artur Domoslawski<sup>5</sup>, en la que éste redefine la figura del tan celebrado periodista llegando a vincularlo con los servicios de espionaje soviéticos: «Es su trabajo descubrirlo y contarlo».

«**No queda espacio para la ficción**», le digo sorprendido por la claridad con la que separa la verdad de la mentira, esto es, la realidad de la ficción. Y me recuerda que él ha hecho ficción con *L'avió del migdia* (2001) o *Febrer* (2004), pero que no le interesaba inventar nada en *Cita a Sarajevo*. Al tanto de la polémica entre intelectuales sobre el poder de la ficción y los límites del periodismo o de la no-ficción, su postura es clara: «De acuerdo, la verdad es imposible de contar al cien por cien, es un intento, pero uno no está autorizado a mentir». Esa posición, insiste, no ataca a la ficción: «Cercas hace ficción en *Soldados de Salamina*, y nadie le tiene que pedir

---

<sup>4</sup> <http://www.youtube.com/watch?v=YBDm8zzt5HU>

<sup>5</sup> [http://www.elpais.com/articulo/cultura/Nos/dijo/Kapuscinski/toda/verdad/elpepicul/20100303elpepicul\\_1/Tes](http://www.elpais.com/articulo/cultura/Nos/dijo/Kapuscinski/toda/verdad/elpepicul/20100303elpepicul_1/Tes)



explicaciones por ello: si las da, perfecto; si no las da, está en su derecho» pero, recordando aquellos días en que fuera un fatigoso cronista de sucesos, reniega de esa ambivalencia o de esa pretendida confusión: «¿Para qué me voy a pasar yo cinco noches yendo a ver si encuentro el dato que me falta para acabar mi libro, si resulta que me lo puedo inventar yo en mi casa, sentado, al lado de la estufa, escribiendo? No es lo mismo. No todo vale». Y como el asunto le quema, le replico con mi relativismo de crítico o académico literario, y le expongo que la teoría literaria separa con rotundidad el texto de su realidad referencial, y que en ese sentido había derivaciones que podían dar lugar a la confusión entre ficción y no-ficción, a la equiparación de una “verdad factual” con una “verdad moral”, pero termina con esto: «Yo sé lo cuesta conseguir una información. Un bombero no te habla como en las películas o como en las novelas. Te habla a su manera. Lo puedes maquillar, pero él no habla así. La ficción no supera la realidad. La realidad es una mierda. ¿Para qué voy a manipularla con una verdad moral?».

Las dos horas de conversación han ido vaciando la cafetería de alumnos, han ido ensombreciendo todavía más la planta baja de la facultad y, por temor a cansarnos el uno al otro, decidimos levantarnos e ir poniendo punto final a nuestra conversación. Salimos al pasillo. Lo acompañaré hasta las escaleras que dan a la calle. «**Si no hubieras encontrado a Stanic, ¿no te lo habrías inventado?**», le inquiero en el último momento: «No. No lo hubiera escrito». Y le digo que es una pena que después de tanto tiempo tanto trabajo no tenga una salida: «Alguna vez me ha pasado, aunque no con trabajos de esa envergadura. El periodismo de investigación es muy caro y muy arriesgado, por eso ya no se hace; por un lado la profesión se ha volcado más en el espectáculo, y por otro la crisis económica ha acabado con los grandes proyectos. Los periodistas de la vieja guardia sobrevivimos, y luego tenemos nuestro refugio». Son los riesgos de la profesión... «Llevo dos años con una investigación, y me falta nada más que un dato, y no me lo

quieren dar»... «¿Qué estás investigando ahora?», pienso, pero no me atrevo a preguntarle. Por respeto, obviamente. Por mantener el secreto profesional, obviamente. En lugar de la pregunta, le digo concediéndonos cierta familiaridad: «Si no sale, invéntatelo»... Pero sé que no funciona así.

Entre el ir y venir de los estudiantes, quedamos en escribirnos y en hablar si todavía queda algún asunto que pueda tener cierta importancia y del que no hayamos hablado. Nos despedimos y el se marcha a sus clases de francés, imagino. Yo me quedo agradecido y nervioso ante tantas ideas. Mientras subo al despacho, ojeo mi libreta llena de unos apuntes que empezaré a volcar al día siguiente en una especie de entrevista-reportaje que llenaré de comentarios y reflexiones propias: «espero que se reconozca en mis palabras», pienso. Hacerlo así me parece una provocación simpática, como un argumento más en ese debate entre el periodismo aséptico canónico, que me llevaría a una entrevista rígida y estructural, y ese nuevo periodismo o periodismo derivado hacia la ficción, que me llevaría a una entrevista elaborada y con cierta voluntad de estilo. Allá voy. Y empiezo a darle vueltas a la frase que luego será: «Febrero suele llenar la facultad de estudiantes...», mientras otra se me viene a la memoria como una amenaza: «La ficción no supera a la realidad. La realidad es una mierda. ¿Para que voy a manipularla con una verdad moral?». Exacto. Y la amenaza me acompañará hasta que ponga punto final a nuestro encuentro. Espero no haber abusado de ella.